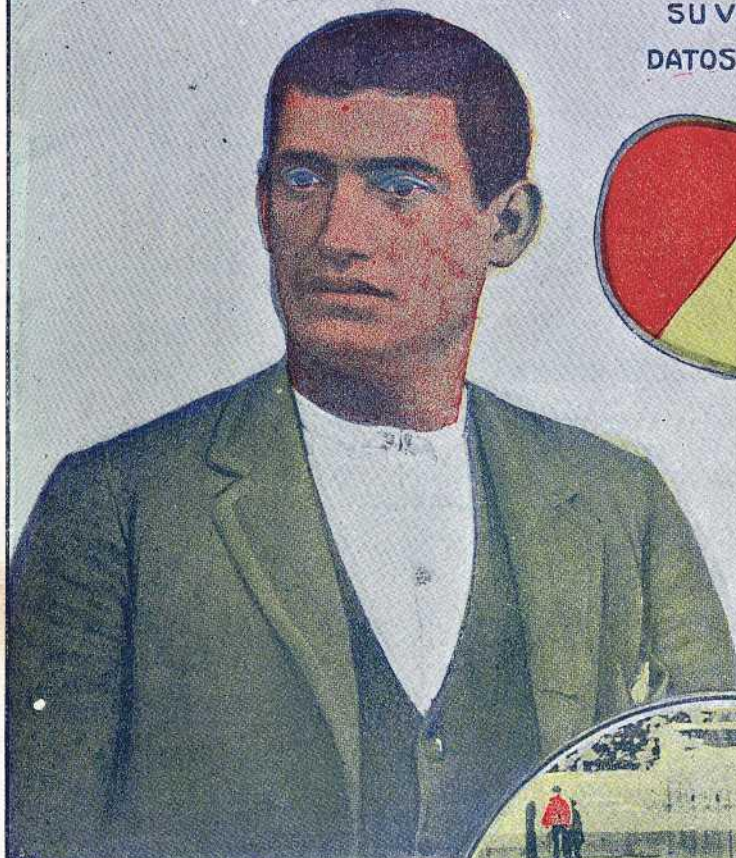


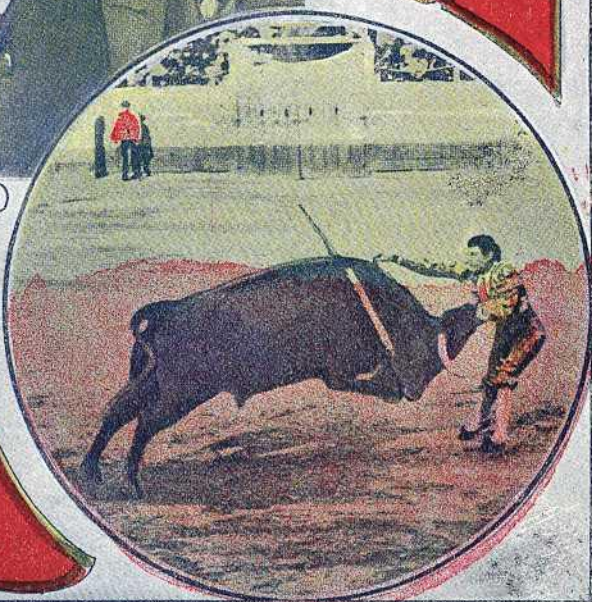
(4)

# LOS REYES DEL TOREO

SU VIDA, SUS HECHOS.  
DATOS POR UNO AL SEISGO



Manuel Garcia (Espartero)



10 centimos



# Nick Winter

COLECCION COMPLETA, 24 CUADERNOS

Hasta la saciedad se han multiplicado en estos últimos años, las obras en que el protagonista, o el principal papel lo juega un detective. Pero aún siendo tantas, en pocas, en muy pocas encuentra el lector, un verdadero trasunto de la realidad, que le haga aceptar como verosímiles las aventuras estupendas de esos imaginarios detectives. En esta publicación hemos buscado, ante todo, que nuestra descripción no se aparte del paralelo que con lo extraordinario puede seguir la verdad.

## TITULOS PUBLICADOS

- 1.º El crimen del Castillo de Irving.
- 2.º La persecución del asesino.
- 3.º El robo de la calle de las Viudas.
- 4.º La banda de los Haon Lees.
- 5.º La Virgen loca.
- 6.º El fumadero de opio.
- 7.º El destripador Sauntly.
- 8.º Los brillantes del Sha.
- 9.º El homicidio de la calle de la Paz.
- 10.º El misterio de la familia Walter.
- 11.º La expiación de un delito.
- 12.º El collar de la reina.
- 13.º El drama de la calle del Rey.
- 14.º La herencia de miss Daymón.
- 15.º El asesinato de Sarah-King.
- 16.º La quiebra de la banca Armilly.
- 17.º Un crimen frustrado.
- 18.º La caza del rey de los bandidos.
- 19.º Nick Winter contra Raffles.
- 20.º La posada de la muerte.
- 21.º El rey de los estafadores.
- 22.º Cladfort el aventurero.
- 23.º La vengadora.
- 24.º Un atentado contra S. G. M.

**20 CENTS. EL CUADERNO**

## Manuel García Cuesta (Espartero)

Diez y siete años hace que murió el *Espartero*, y de su historia, hasta tal punto se ha apoderado la imaginación popular, como de su vida se había apoderado antes, que sería en balde que contra la leyenda forjada se presentará el testimonio de lo que los ojos han visto, si esos ojos lo vieron sin que los empafiara la ceguera de la pasión.

Los que ayer precipitaron su fin cargándole con el peso de una reputación abrumadora para sus fuerzas oírían como una blasfemia que se dijera que Manuel García, era un torero muy corto y un matador muy deficiente.

Es comprensible que los sevillanos en la época en que apareció este diestro, después de muchos años sin una gran figura en el toreo, ni sin esperanzas de ella, pues a *Lagartijo y Frascuelo* (cordobés y granadino), sucedía en fama Mazzantini (guipúzcoano) y *Guerrita*, (cordobés); es comprensible, repito, que de aquel muchacho valiente, valiente hasta la exageración, fuera saludada y aceptada la aparición por la afición de Sevilla, como la del tal gran torero que tanto deseaban; pero que media España lo creyera también, he ahí lo asombroso. Y sin embargo nada más exacto.

Manuel García, *Maoliyo*, por obra y gracia de un fenómeno de aluminación colectiva, quedó a la altura de los más altos, y no ya entusiasmos, una especie de veneración inspiró a las grandes masas que sugestionadas y atemorizadas por la fama, acataron como verdad indiscutible lo que desde Sevilla les impusieron.

Al escribir esto, creo hacerlo para lectores serenos o que dando

un momento tregua a las pasiones, cuando menos, si no me encuentran tan imparcial como yo creo serlo, no han de achacar el error en que me halle a otro prurito que el de recoger la historia tal y como la historia se ofrece a mi juicio.

Hecha esta advertencia que me parece necesaria después de las afirmaciones anteriores y de lo que luego vendrá, empezaré la biografía propiamente dicha.

Manuel García, el *Espartero*, nació en Sevilla el 18 de enero de 1866.

Fueron sus padres Joaquín García y Josefa Cuesta, que tenían una espartería en la capital andaluza.

Según un biógrafo, estos quisieron dar a Manuel una educación esmerada, no obstante su modesta posición social. Concurrió a un colegio hasta la edad de once años, y luego su padre le enseñó el oficio de espartero, a que él se dedicaba, teniendo la satisfacción de ver a su hijo convertido en muy poco tiempo en un oficial muy hábil y muy laborioso.

Despertóse en Manuel, de pronto la afición a los toros; pero una afición tan desmedida que, aun contrariando los deseos de sus padres, asistió a capeas y novilladas, escapándose de su casa muchas veces.

A esta época de la vida del *Espartero*, debe referirse la anécdota que D. Manuel Alvarez ha referido con el título de *A la luz de la luna*, y que yo transcribo aquí porque con ella se revela la fuerza de voluntad de que su protagonista dió ya pruebas en los comienzos de su existencia.

Héla aquí, pues, casi de cabo a rabo:

\*  
\*  
\*

«Ocurrió el hecho en un hermoso cortijo situado en la provincia de Sevilla. Si penetráis en él hacedlo con cautela, porque en sus prados pasta una de las más célebres vacadas de toda la vega andaluza. Sus toros son bravos como jabatos y su pelo y tipo de la más refinada casta de reses de lidia, tanto, que no puede la malicia con todas sus habilidades destruir su fama.

Tiene, como todas las ganaderías, su historia negra, pero también tiene en su haber muchas reputaciones. Reparten aquellos toros cornadas y millones; ¡quién definiría lo que es dulce si lo amargo no existiese!

\* \* \*

—A la pa e Dio, D. Antonio.

—¿Qué te traes por aquí tan temprano, Frasquito?

—¿Se pué pasá?

—Entra Frasquito.

—¿Qué quié usté que traiga, D. Antonio, e mi arma?, que no ha podío en toa la noche pegar lo s'oyo por mor de un sagaleté, un chiquiyo que se pué escandé en una arveja, que toa la madrugá ha estaó aventando er ganao de un lao pa otro y que no he podío echarle mano pa j'harselo rebortiyo. Se me escurrió como un corso.

—¿Y para qué remueve el ganao?

—¿Qué pa qué lo remueve?; pa separá un toro y liarse con una muletiya asina como un pañuelo, pero que la maneja como los ángeles don Antonio. Anoche lo vide yo liarse con *Relicario* y lo dejó tonto; y misté, D. Antonio, que *Relicario* es pagajoso. En cuanto er niño nos diguelo a mí y a la gente, apretó a j'huí, y en manos que se ise ganó er vayao y se perdió e vista.

—Bueno, hombre, está bién. Hay que atrapar a ese niño.

—E así de arto; no levanta lo que una espiga de trigo; dergaiyo como una tomisa, pero con más agaya que una corbina; ¡valiente arma mía! Toa la noche de luna se presenta en el serraó, y asina que llega lo anunsian los senserros e los cabretos.

—Pues vamos a esperar la primera luna para echarle mano, Frasquito, eso no puede seguir así.

\* \* \*

Don Antonio Miura, Frasquito, el conocedor de la ganadería y todos los mozos del cortijo, garrochistas y manijeros, convenientemente apostados, esperaban la llegada del atrevido torerillo una noche que lucía la luna con toda su pureza en un cielo despejado.

Próximamente a las dos de la madrugada se oyó el chasquido de una honda, y luego otro, y casi simultáneamente se notó el revuelo que la piedra produjo en la piara.

A poco caía el atrevido mozo en las garras de los centinelas.

—Ven acá, granuja, que te voy a mondar el pellejo.

—D. Antonio, por su mare de osté, no me tire de la s'oreja; es que yo quiero ser torero.

—¿Torero con esa cara más triste que una saeta?

—Quiero ser torero, D. Antonio, y lo seré o me parte el corasón un toro.

Aquella noche durmió el mozalbete en el cortijo. Por la mañana, en la plaza destinado a la tiente, toreó un utrero en presencia de don Antonio, y del personal de la casa.

Miura, que era un gran entusiasta de la fiesta, vió en aquel muchacho condiciones excepcionales para el arte.

—Serás torero—le dijo—desde hoy corre de mi cuenta tu porvenir.

Andando el tiempo se cumplió la profecía del mismo modo que don Antonio Miura había cumplido su ofrecimiento.

El atrevido muchacho fué torero y llevó en su cuadrilla como picadores, a dos de los garrochistas de la vacada miureña, Manuel Moreno, retirado hoy en su casita de Dos Hermanas, y Juanillo Caro, muerto trágicamente en un tentadero.

La fama del espada corrió como reguero de pólvora por toda la península, llegando a preocupar a los ídolos de entonces.

El torerillo nocturno era Manuel García (el *Espartero*), que pagó con réditos de sangre la fama que le dieron los toros de su gran protector y amigo...»

\* \* \*

En 1881, salió a torear en varias capeas que se dieron en las plazas de Alcalá del Río, Castilblanco y Bollullos; al año siguiente lidió en varios pueblos de la provincia de Sevilla, Cádiz, y Huelva, con gran disgusto de sus progenitores.

A los dieciséis años, se presentó por vez primera en Sevilla, figurando como banderillero de *Cirineo* en la novillada de 8 de Octubre de 1882, en que se lidiaron toros de D. Pedro Manjón, por el citado *Cirineo*, Francisco Avilés (*Currito*) y José Román.

El trabajo de Manuel, fué tan deficiente que el primer espada le retirarse al estribo.

No obstante esto en 1884, volvió a presentarse en la plaza de Sevilla como banderillero el día 27 de julio, pareando en la novillada del marqués de Villavilvestre, que estoquearon *Marinero* y el *Lavi*.

Contratados para torear en Montevideo, el *Tortero* y Centeno, figuraba Manuel en la cuadrilla del segundo; pero informalidades de aquella empresa hizo que no llegase a cruzar los mares.

Continuó su carrera como novillero y los éxitos alcanzados le animaron, presentándose como matador de novillos en Sevilla, en



la tarde del 12 de julio de 1885, en que alternó con Francisco Avilés y Juan Manuel Campóo, estoqueando en tercero y sexto lugar los toros de *Pañero*, cárdeno, y *Bailador*, negro, listón, de Anastasio Martín.

Espartero

En Cádiz, mató el 16 de agosto de 1885, con *Centeno* y *Tortero*, produciendo tal entusiasmo que el Centro Taurino de aquella capital le nombró socio honorario.

A los dos meses y un día de su debut en Sevilla, o sea el 13 de septiembre 1885, Antonio Carmona (el *Gordito*), le daba la alternativa en aquella plaza, cediéndole la muerte del primer toro de la corrida, *Carbonero*, del Saltillo, entrepelado en cárdeno.

¡No hay caso igual en la historia del toreo!

Un mes y un día después, el 14 de octubre, le era confirmada esa alternativa en Madrid, por Fernando Gómez, el «Gallo», que le cedió la muerte del toro *Pichón*, cárdeno, de doña Teresa Núñez del Prado.

No tenía Manuel los veinticinco años, cuando ya se encontraba matador de toros, y con una fama tan desmesurada, que en sostenerla necesitó gastar más energías que otros en conquistarla, y aun así y todo fué vencido.

## II

La aparición del *Espartero*, ya lo hemos dicho, produjo una enorme sensación en toda España.

Veamos lo que el *Espartero* era como lidiador, recopilando juicios de no dudosos críticos, y por lo que de aquellas apreciaciones resulte vea el lector si fué o no imprudencia por parte de sus apasionados cargar sobre Manuel el fardo, abrumador de una nombradía como la que se le formó.

A su presentación en Madrid dijeron de él reputados escritores taurómacos lo que ahora se leerá.

Pascual Millán, en su *Trilogía taurina*:

«Aun recuerdo la tarde de su debut: nos produjo un sobresalto incesante y ¿por qué no decirlo?, una gran indignación contra los que empujaban a Manolo hacia su triste fin. Aquello no era torear, era andarse a zarpazos con la res. ¡Y eso lo hacía una criatura desprovista de facultades físicas y sin ningún recurso!»

*El Toreo* en su número 556:

«El *Espartero* que ayer se presentó en Madrid, precedido de gran fama, y que fué la novedad de la fiesta, merece que nos detengamos



un poco en nuestro juicio. Para ser torero se necesita valor ante todo, serenidad y frescura; pero también se necesita saber torear, porque si no es imposible ejercer esa profesión. Esto parece una verdad de Pedro Grullo; pero hay que recordarla en vista de lo que aquí va ocurriendo con los principiantes.

»Todo el que se arrime puede ser torero; pero no sólo porque se arrime, sino porque, además, sepa una porción de cosas indispensables para torear. Hoy quieren los diestros empezar por el fin de la carrera, es decir, matando toros, y eso es imposible. Hay que estar algunos años corriendo toros para ir conociendo las diversas condiciones de las reses bravas, y hay que poner muchas banderillas para este efecto. Cuando se conoce el arte y se conoce el ganado, el que tenga valor para ello podrá coger el estoque; pero si todo se ignora, es muy posible que un diestro se quede en la mitad de la carrera.

»El «Espantero», tiene lo principal para matar toros; se acerca como nadie, lleva una muleta pequeña, es muy sereno, no conoce ni teme el peligro, pero no sabe una palabra de lo que es matar toros. La muleta tiene un uso que este diestro desconoce; para matar hay que ponerse de una manera que ignora, y las reses ofrecen dificultades que se vencen con los recursos del arte, recursos que el «Espantero» desconoce. Acercarse y no tener miedo, no es saber torear. La alternativa de matador debe tomarse cuando se sepa el oficio y no antes. Los que digan al «Espantero» que es un matador de toros, le harán más daño que provecho; los que le dicen que tiene condiciones para ser el primero algún día, si el carro no se le tuerce, le dicen la verdad. Los detalles de lo que ejecutó en sus tres toros no los hemos de repetir aquí. Sólo diremos, en prueba de lo que afirmamos, que por no saber, se expuso ayer a que se le quedará vivo el segundo toro, a pesar de todo su arrojo, todo su valor y toda su serenidad. En suma, hay que aprender el oficio y no tomar el título de maestro hasta que sepan y corrijan los defectos».

#### *La Lidia:*

«Ya se ha estrenado el fenómeno en la villa y corte de las Españas. Los aficionados han podido juzgar, en la tarde del miércoles último, 14 del actual, al asombroso diestro que los periódicos sevillanos presentaban como el Montes en miniatura del toreo moderno.

»Ya podemos hablar con algún conocimiento de causa de Manuel García el *Espantero*; podemos juzgarle; podemos examinarle; podemos comprobar la exactitud o falsía de las ponderaciones monstruosas de que el novel matador venía precedido.

»Y vamos a hacerlo con la misma calma, con la misma serenidad

que empleamos cuando Sevilla nos mandó a Mazzantini envuelto en una aureola de gloria, muy semejante a la que en la ciudad del Betis se ha confeccionado para el *Espartero*.

»Entendemos, desde luego, que no hay nada tan fácil como juzgar a Manuel García, por las condiciones que reveló en la corrida del miércoles. El muchacho es de los que se clarean al instante, y no hace falta fijarse mucho en él para ver en seguida cuál es el lado bueno y cuál es el lado de que flaquea.

»Por de pronto, la curiosidad era tan grande por conocerle, que cuando entró en el corral para dirigirse al cuarto de los toreros, hubo un verdadero tumulto en el público por verle de cerca y enterarse en detalle de todos los rasgos de su fisonomía.

»Cuando se presentó en la plaza el primer toro, todas las miradas estaban fijadas en el *Espartero*; y en cuanto transcurrieron dos minutos sin que el chico tuviera ocasión de verificar ninguna suerte portentosa, ya se oía exclamar a algunos:—¡Hombre, todavía no ha hecho nada!

»Espectador hubo que creyó, sin duda, que al salir el bicho se arrodillaría ante el *Espartero*, y le lamería las manos como un perro de aguas.

»Tal era el efecto que produjeron en los aficionados los desmesurados elogios de la prensa sevillana. ¡Cuánto, pero cuánto han perjudicado estos elogios a Manuel García!

»Ni el *Espartero* es un *petit Montes*, ni el *Espartero* puede empañar con la más leve sombra la reputación de los matadores que el público de Madrid aplaude, ni el *Espartero* trae, al menos por ahora, y a juzgar por lo que hizo en la corrida del miércoles, esas inmensas cualidades que se le han atribuido.

»¿Qué es el *Espartero*? Pues es pura y simplemente un niño de diez y nueve años, desprovisto de facultades físicas, y dotado del desatinado valor que presta una ignorancia absoluta el desconocimiento total de las reglas más elementales del toreo. Ni más ni menos.

»El muchacho lidia las reses en la plaza como los chicos juegan al toro en calles y plazuelas. Para él, los toros no son animales fieros, cuyas intenciones hay que conocer, y cuyas acometidas hay que evitar de una manera conveniente y razonada.

»Para el *Espartero*, el toro es una masa que se mueve y cornea, y con la cual debe andar el torero a puñetazo limpio, ya con el capote, ya con la muleta, ya con las mismas manos del torero, como si lo que se tratase de demostrar fuese que el hombre es tan animal o más que el toro.

»Esto da a entender, sin gran esfuerzo, que el joven matador debe estar siempre en la misma cabeza de la res. Y así es, en efecto; tan en la misma cabeza está el *Espartero*, que el miércoles, al dar un recorte con el capote al brazo, recibió en la espalda una tremenda bofetada con el testuz del toro, y fué a parar, despedido violentamente, a dos metros de distancia.

»En otra ocasión se salió de la cuna apoyando las dos manos en el testuz; y dos veces, a la terminación de una media verónica, dió un fuerte puñetazo al toro entre los dos cuernos.

»Con la muleta en la mano, el toro y el matador se confunden en un solo objeto, en cuanto la res se ciñe un poco. El «Espartero», no tiene, puede decirse, más que dos pases; el pase por alto y el cambiado. Con el primero, que es algo sesgado y muy en corto, hace que el toro se vuelva, no al aviso de la muleta, sino a la vista del bulto; y como el torero está siempre lindando con el terreno del toro, no tiene que hacer sino mover la muñeca de derecha a izquierda para que el toro tome el terreno del hombre, y se verifica el cambio en un palmo de terreno.

»Con estos pases, el «Espartero» marea al toro, en un bullir continuo, sin separarse un ápice de la cabeza y moviendo los pies en todas direcciones sin tregua, ni reposo, hasta que la res se para zarandeada y descompuesta, sin igualar casi nunca las manos.

»Esto de que los toros no se igualen, importa poco al «Espartero». Aquí la decoración cambia y el valor desaparece.

»Vamos a explicarlo. Mientras el «Espartero» ve su defensa, sea muleta o capote, se muestra desahogadísimo, porque mueve con libertad y coloca el engaño a la distancia y en la dirección que estima conveniente.

»Pero al liar para dar la estocada, el matador tiene que fijar los ojos en el morrillo del toro y dar la salida al trapo, sin mirarlo, porque no es posible. En este momento hacen falta el valor para meter el brazo y la habilidad para salir ileso de la reunión por medio del quiebro de la muleta.

»Y como el «Espartero» no tiene habilidad alguna y en el lance de la muerte es indispensable la habilidad, el muchacho que ha conocido que corre un peligro inminente, y sale tranquilamente del paso colocándose para arrancar fuera de la cabeza, e hiriendo por medio de un cuarteo claro, evidente y sin disfraz alguno, es decir, esquivando el peligro.

»Añádase a esto que arquea extremadamente el brazo y se comprenderá que la mayoría de las estocadas tienen que resultar perpen-

diculares y muy poco rectas, y que además en cuanto un toro se aplome o vuelva mansurrón, hay exposición segura a pinchar repetidas veces y a que los toros se queden vivos, como sucedió al «Espartero» en el segundo que lidió el miércoles.

»Cuanto a nosotros, no tenemos por qué ocultar que no estamos al lado de los que han tratado al «Espartero» con despego horrible o con injusta saña. Creemos que no puede pedirse más a un niño de diez y nueve años; y esto no basta para que nuestras simpatías estén por hoy, cordialmente por el diestro sevillano».

*La Nueva Lidia:*

«Reasumiendo. El «Espartero» principia ahora; y sí, como esperamos, procura corregir los defectos de escuela y de experiencia que se descubren en sus primeros vuelos; si adquiere el aplomo que tan fácil ha de serle a quien posee tanta serenidad y tanto arrojo; si consigue oportunidad en los quites y seguridad en las suertes, y economizar el capeo innecesario, no dudamos, sino que tenemos la casi evidencia, de que su nombre llegará pronto a figurar entre los de los grandes maestros, a quienes no debe intentar oscurecer, sino modestamente imitar».

D. José Sánchez de Neira, en *Gran Diccionario Taurómico*, «El Espartero» entraba en el terreno de los toros sin necesidad y saliendo de él volteado casi siempre, de mala manera; era seguro que en seis corridas había de ser cogido más de seis veces; al herir lo hacía de *sorpresa*, sin esperar una prudente colocación, y arqueaba tanto el brazo derecho para herir, que describía en el aire con la punta del estoque un medio círculo, con cuyo procedimiento no había fijeza, ni podía haberla».

Este era el torero que, según decían de Sevilla, estaba destinado a quitar los *moños* a todos los toreros existentes, y a hacer olvidar la memoria de los pasados.

Con razón ha dicho D. *Hermógenes*, el distinguido y culto escritor taurómico, desaparecido ya, al hacer la biografía del diestro que nos ocupa:

«Se ha dicho muchas veces, con diferentes motivos, que los amigos interesados, los oficiosos aduladores y los inconscientes penegiristas de los toreros, son sus más terribles enemigos; eso es verdad inquestionable.

Ellos, por satisfacción de la propia vanidad, engrían a su diestro favorito, lo ensalzan, lo imponen y le obligan a colocarse en un puesto que exige, para ser ocupado dignamente, vastos conocimientos del

toreo y mucha práctica en sus arriesgados ejercicios, además de un valor sereno y reflexivo, que no debemos confundir con la temeridad de que alardean esos toreros incipientes que sólo en ella cifran el éxito de su trabajo.

Ellos SON los que alientan con sus ciegos entusiasmos a esos *toreos emocionantes*, sin recursos artísticos, que se dedican a matar toros fiados en su temeridad y en favor de la Providencia, amparo de jóvenes que, ignorando cuanto concierne al arte de *Paquiro*, se lanzan por esas plazas a lidiar reses bravas sin más ayuda que el valor y la casualidad...

¡Triste destino el de esas criaturas que, halagadas en su ambición por los amigos imprudentes, corren a una muerte casi segura, por conquistar efímeros populares aplausos y un puñado de pesetas... sabe Dios a costa de cuantos peligros adquiridos!...»

*Espartero* ayer, *Pepete* hoy, ¿quién sabe mañana?

### III

Que esto, antes transcripto, opinará a la afición madrileña de Manuel García en nada influyó para que en el resto de España esperase como un acontecimiento la aparición del famosísimo diestro en los circos, y aun recuerdo el ¡ah! de extrañeza con que fué acogida su presencia en la plaza de Barcelona en septiembre de 1886, cuando con el *Gallo*, vino a estoquear seis toros de Carriquiri, que por cierto resultaron bravísimos y dejaron para el arrastre 29 caballos.

La gente creyó que aquel *Espartero*, debía ser un hombre fornido, hérculeo, y se llamó a engaño al ver la esmirriada figura del torero. Todo aquello que de él contaban se había apoderado de la imaginación popular, y para tales hazañas no pudo menos que crearse un tipo que la realidad no le ofrecía.

Valiente estuvo aquella tarde Manuel, y el público barcelonés vió por vez primera en aquella corrida dar un *pase de rodillas*, que causó gran emoción.

Tres años más tarde, el 3 de agosto de 1889, pudo observar en Alicante igual desengaño, toreando el *Espartero* con Mazzantini, toros de D. Agustín Solís. Lo menos que quería el público era que se co-

miera a los toros, y estando valiente, como lo estuvo; la gente veía defraudadas sus esperanzas.

¿Qué le quedaba que realizar al pundonoroso lidiador, guiado por el noble deseo de hacerse digno de la reputación que le habían elaborado?

Lo que hizo más de dos tardes, lo que le acabó entre los cuernos de *Perdigón*.

Sin embargo, ya en sus últimos años Manuel había ganado en prudencia, y aquella su temeridad inicial sabía contenerla en muchas ocasiones.

Como dice muy bien Luis Falcato:

«Las duras y peligrosas lecciones de la experiencia, previstas por los inteligentes, que desde el primer momento acertaron a señalar los defectos de que adolecía el trabajo de Manolo, además de lo que lograra él aprender toreando con los maestros que, por entonces eran únicos en España, hicieron que el *Espartero* parase mientes en los riesgos a que continuar el camino emprendido se exponía, y buscase la mejor manera de esquivarlos sin detrimento de su fama y con probabilidades de éxito.

Aprendió el muchacho a defenderse bien de los toros con la muleta, ciñéndose mucho en los pases; pero como su faena era siempre la misma y no todas las reses admiten igual género de lidia—cosa que el *Espartero*, no alcanzó quizás a comprender, o a la que dió escasisima importancia—su toreo resultaba muy desigual, y deslucido en ocasiones, por lo que la influencia de *Maoliyo*, entre sus partidarios sufrió algunos quebrantos, si bien inapreciables al principio, evidentes después, ya que el entusiasmo no se enfibiera hasta el punto de convertirse en hostilidad.

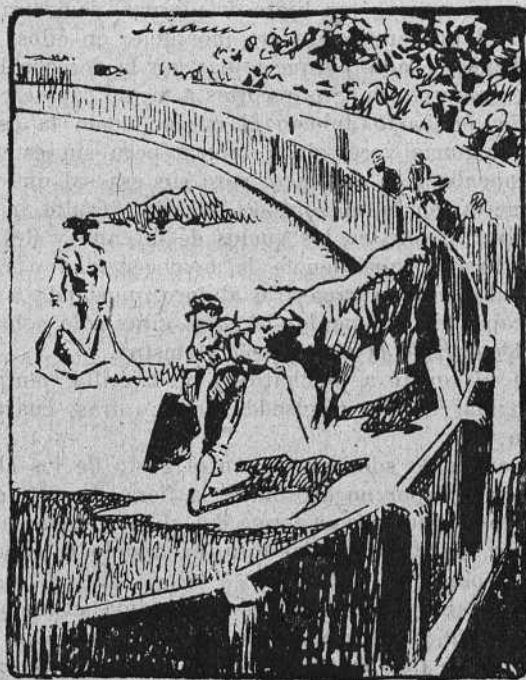
Su toreo a la defensiva, aunque vistoso algunas veces y sensacional, carecía de eficacia en el castigo, y por eso menudearon para el *Espartero* los percances desgraciados, precursores de la catástrofe que hubimos de lamentar pocos años después».

El inteligente aficionado malagueño, P. P. T. tan reputado como excelente historiógrafo taurómico hizo del «*Espartero*» este retrato, que lo consideramos justo y acabado:

«Derecho, con la muleta en la mano izquierda, pisando un terreno de compromiso, tomaba los toros tan en corto y los aguantaba en el engaño, que al arranque de éstos y rematar los pases por encima de la cabeza, podía decirse que *romaneaba* todo aquel peso de carne toricida. Yo, que le ví en Sevilla durante siete temporadas seguidas irse con la muletilla plegada ante toda clase de toros, presentando la

barriga, sonriente, decidido y con tanta *franqueza*, no podía menos de admirarle tanto derroche de valor, y más si acontecía que algún toro se le humillaba al verle y él, *adelantándole en la cara*, lograba desde los tercios hacerle retroceder hasta dar con la penca en las tablas.

»Ejecutar aquel avance era el delirio de la temeridad, porque sólo con la calma estóica de aquel hombre y la certeza de que la muleta



no permanecía ociosa, sino que tapaba en el *acosón* los ojos de la res, podía restablecerse la tranquilidad en los que mirábamos aquella especie de pugilato.

»Su juego de muleta no era clásico ni educativo de las reses. Parar mucho sí, pero sin comprender, la mayor parte de las veces, qué pases merecía el toro, y dónde debía matarlo, con presteza y defensa

propia del torero. Andando el tiempo y fijándose en los golpes recibidos, adoptó el sistema de colocar la muleta desplegada ante la frente del toro; el cuerpo quedaba derecho, atrás de la línea recta del pitón y, como *aguantaba* ya podía decirse que estaba segurísimo. Qué algo influiría en este cambio de actitud, postergando el sistema comprometido de colocar el cuerpo frente a la *cuna*, algún consejo de diestro entendido que tal vez logró convencerle, es indudable, porque un cordobés célebre no cesaba, en pública plaza, de darle alguna lección por bajo para que no la apercibiese la concurrencia.

»El «Espantero» que no era lijero de piernas, demostrábase activo en quites como el primero; pero era monótono en ellos, siempre lo mismo y por el mismo lado, porque torear por la derecha le salía con torpeza y doble compromiso. Sus recortes a medio capote eran ceñidísimo y *parando*, poniendo aplomo el cuerpo como la esbelta torre de la Giralda; algunas veces daba largas, pero sin estética en las líneas; otras capeaba a la verónica, pero sin esa sal que se necesita para que la suerte, en la manera de hacerla, resulte limpia, bella, correcta en recibir al toro en los vuelos de la capa y despedirlo con el acompasado braceo, que denota la homogeneidad o conjunto de tiempos indispensable para rapasarle al toro; quedando a cada lance derecho, y el capeador, sin perder la *cara*, girar sólo sobre sus piés, ganando con el contrario la línea recta al testuz.

Una vez le ví torear a lo chatre o de tijerilla, porque tal vez hubiese oído hablar de tan desusada suerte; otras, cuartear con el capote al brazo.

»Pero lo que era de admirar—según el gusto de los clásicos matadores—verle cuando por un acosón de la fiera, durante el tercio de varas, huían todos los toreros en busca del *olivo*, mostrarse tan sereno que, sin moverse, dejaba llegar al toro, ganándole la cabeza con un cuarteo ceñidísimo.»

Incidentalmente he hablado de la pretendida competencia entre *Espantero* y *Guerrita*, de la que no he de ocuparme sino para hacer constar que se quiso que existiera y que hubo *espanteristas* y *guerristas*, siendo numerosos los primeros por el contingente de *lagarjistas* que se les sumaron, cuando las desavenencias de los dos grandes Rafaelés cordobeses.

Pero encono contra uno u otro diestro, en casi ninguna plaza se demostró, si se exceptúa en Sevilla contra Guerra en alguna corrida en que torea con Manuel, pero que no tardó en desvanecerse, volviendo como demandaba la justicia y la hidalguía sevillana, las cosas a su lugar, pues no por reconocer a *Guerrita* sus grandes méritos el



«Espartero» había de perder nada en la admiración de sus partidarios.

En Madrid torearon juntos por primera vez estos dos matadores en una corrida extraordinaria celebrada en marzo de 1891, con toros del Saltillo.

Las faenas de Manuel, según Pascual Millán, fueron éstas:

«En el primero de la tarde, el *Espartero* se lió con *Zorrillo*, que estaba hecho una *babosa* y después de un buena brega, pero buena, buena, se tiró corto y derecho y dejó una estocada perpendicular, con tendencias al *estrabismo*, que diría Moret.

    Pero el bicho no se echó  
    y al matador deslució;

porque como ya no hacía por él, empezó el mozo a pinchar y a intentar el descabello, en el cual anda a la altura de Fabié como ministro.

Por fin Manolo acertó con una buena.

En el tercero toreó de muleta corto y ceñido; después atizó media estocada perpendicular y delantera, una *enteriza* de las que no matan, un pinchazo y un descabello sin consecuencias.

Despachó al quinto con «dos pases nada más, y tirándose casi en el terreno del bicho, soltó un volapié hasta la mano, por todo lo alto, de esos que matan como una exhalación.

El chico cayó al suelo por mor del encontronazo».

#### IV

En la tarde del día 27 de mayo de 1894, se celebraba en Madrid una corrida de toros, sexta de abono, con seis de la ganadería de don Eduardo Miura, que habían de ser estoqueados por Manuel García, «Espartero», Antonio Reverte y Antonio Fuentes; pero como el segundo se hallase herido, en substitución suya, toreó Carlos Borrego, *Zocato*.

El primero de los seis miuras se llamaba *Perdigón*, y era colorado, ojo de perdiz, delantero y astifino. Con poder y no poca bravura, tomó cinco puyazos de *Cantares*, *Agujetas* y Trigo, dando dos caídas a cada uno de los primeros y dejando en la arena tres caballos. José Rogel (*Valencia*) y Antolín le clavaron tres pares, saliendo Manuel, que vestía de verde y oro con cabos negros, a darles muerte. Se en-

contró al toro con la cabeza descompuesta y desparramando la vista, le dió doce pases entre naturales, altos, cambiados y con la derecha; cuadró el toro, entrando el *Espartero* a matar, dejando una estocada, siendo enganchado a la salida, volteado y despedido al alto unos dos metros sin consecuencias. Se levantó, y después de siete pases con la derecha, entró de nuevo a favor de la querencia de un caballo, metiendo una estocada contraria, siendo enganchado por la faja y en la parte anterior del vientre, y despedido a corta distancia. El diestro, al caer, contrajo todo el cuerpo, y en esta posición fué de nuevo corneado por el toro, que le hizo rodar unos pasos. Separado el bicho del sitio en que yacía el diestro, éste se incorporó, pero no pudo ponerse en pie, siendo conducido a la enfermería, donde llegó rígido el cuerpo y descompuesto el semblante. En vano intentaron los médicos hacerle volver en sí.

Cuando por las asistencias de la plaza, fué recogido y se lo llevaron a la enfermería, al pasar el cuerpo del desventurado torero por frente al tendido 5, pudo notar el público que se estiraba de pronto y se ponía rígido. Para cuantos advirtieron este detalle fué aquel el instante en que Manuel García dejó de existir.

El parte facultativo decía así:

«Durante la lidia del primer toro ha sido conducido a esta enfermería el diestro Manuel García (*Espartero*), en un estado de profundo colapso. Reconocido detenidamente, resultó presentar una herida penetrante en la región hipogástrica, con hernia visceral; una contusión en la región external y clavicular izquierda. Prestados los auxilios de la ciencia para el caso más alarmante, que era el de timos sacramentos, falleciendo el herido a las cinco y cinco minutos de la tarde, y a los veinte minutos de su ingreso en la enfermería, Todo lo cual tengo el sentimiento de participar a V. S.—El jefe del servicio *Marcelino Fuertes*.—Madrid 27 de mayo de 1894».

El cadáver fué trasladado a la calle de Núñez de Arcé, 10, donde vivía entonces el picador *Cantares*, y de allí a Sevilla, donde fué depositado provisionalmente en un nicho del cementerio de San Fernando el 1.º de junio, hasta que definitivamente fué sepultado en el panteón que se erigió, el día 24 de octubre de 1896.

\*  
\*  
\*

El lector lo habrá notado. En estos modestos trabajos crítico biográficos que hemos emprendido no nos guía otra idea que proporcionarle cuantos elementos de juicio están a nuestro alcance, para que con ellos y la ayuda de sus observaciones, cuando de toreros que han conocido se trate, pueda formarse un concepto y lo más aproximado posible de los méritos de los lidiadores cuyos nombres han sonado más en estos últimos años.

Eso y recoger y cuantos datos, hechos curiosos, ofrezcan sus vidas es lo que nos proponemos, descartando en cuanto nos es dable todo afán de exhibición, ya pretendiendo preceptuar ya queriendo filosofar, sobre cosas que entendemos que no admiten preceptos ni filosofías.

Hé aquí por qué preferimos transferir ese papel a muy notables publicistas taurómacos con cuya autoridad nos escudamos, dejando a ellos toda la responsabilidad de sus aseveraciones y quedándonos tan sólo con lo que por las nuestras nos corresponde.

En lo que a la muerte de Manuel García se refiere, nuestro sistema no ha de variar.

He aquí, pues algo, de lo que sobre ella han escrito autorizadísimos comentaristas:

Dice *D. Hermógenes* a este respecto:

«Cimentadas sobre esas bases su reputación como matador de toros, el «Espartero» se vió a la continua solicitado por las empresas, que le consideraban elemento indispensable para organizar corridas que pudieran ofrecer aliciente a los aficionados.

Y como al mismo tiempo se advirtieron progresos evidentes en el trabajo de Manuel, la presentación de su nombre en los carteles era siempre acogida con entusiasmo y aportaba numeroso contingente de espectadores, ansiosos de admirar su gallardía y aplaudir sus arrestos.

Años después, ocurrió al «Espartero» lo que suele ocurrir a cuantos, como él, deben sus triunfos a la temeridad, ayudada eficazmente por el caso; a medida que iba perfeccionándose en los secretos de la profesión hacía conciencia del peligro, y para esquivarlo no perdonaba recurso, hasta el extremo de que en algunas temporadas, como las de 1892, y siguiente, se cotizó en baja su papel, disminuyendo a la vez el entusiasmo que lograra despertar en otros tiempos; ya no

era el incauto mozalbete que procuraba suplir con arrojios de suicida la carencia de facultades. Precisamente cuando empezó a revelarse como torero capaz de competir con los mejores, empezó el eclipse de su estrella; y esa circunstancia fué quizás la que determinara el desgraciado fin del diestro sevillano».

Opiniones de Pascual Millán.

Al reproducir este notable escritor en su libro *Los toros en Madrid*, la reseña de la 6.<sup>a</sup> corrida de abono del año 1894, dice hacerlo por estas dos razones:

«1.<sup>o</sup> Porque en las corridas a que hacen referencia, *Guerrita* quedó superiormente, pudiendo asegurarse que ellas marcan el apogeo de ese lidiador.

2.<sup>o</sup> Porque el *Espartero* se afligió de tal modo en nuestra plaza, que ya no pudo hacer nada a derechas, provocando así la catástrofe del 27 de Mayo».

He aquí como anota las causas de la cojida:

«El toro tenía delante un caballo muerto, que constituía una querencia natural; Manuel se colocó entre el caballo y el toro, dando la espalda al primero, y en aquel terreno tan difícil, tratándose de una res de cuidado, lió y se arrancó a matar, entrando muy corto y muy derecho sin ninguna clase de incertidumbre. Tan fué así, que la estocada resultó contraria de puro atracarse, y el toro salió muerto de las manos del espada. ¡Ay! pero al mismo tiempo moría el lidiador.

»El *Espartero* no vaciló lo suficiente al arrancarse y el toro se hizo con él, dándole una terrible cornada en el vientre, que le produjo un colapso, del cual falleció momentos después de ingresar en la enfermería.

»El *Espartero*, al ser despedido por el toro, quedó rígido, con las piernas contraídas y el rostro descompuesto».

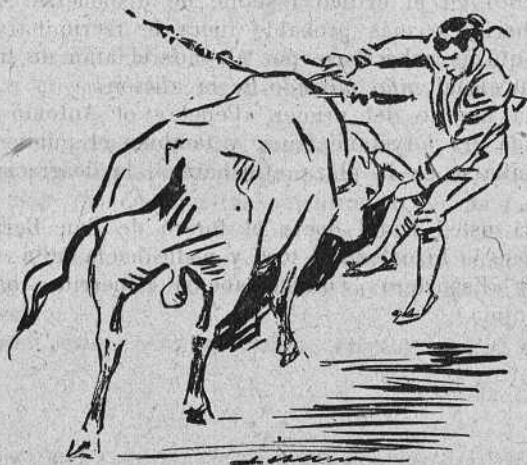
Luis Carmena y Millán, en «*Estocadas y pinchazos*»:

«El desgraciado lidiador cometió la imprudencia inconcebible de arrancarse a matar dando la espalda a un caballo muerto, donde el toro tenía querencia y éste *se quedaba con él*; pues en lugar de entrarle con muchos pies, como requería la mala condición del bicho, que alargaba el pescuezo, lo hizo con muy pocas facultades y quedándose delante de la cara».

Sánchez de Neira, en su *Diccionario*:

«Como nosotros hemos defendido siempre que ajustándose estrictamente a las reglas de torear no debe haber cogidas de toreros, que-remos de decir que el «*Espartero*» faltó a ellas abiertamente: prime-

ro, por desconocer que la malicia del toro y sus facultades no le permitían irse a él, sino dándole de cerca gran salida con la muleta, lo cual no hizo ninguna de las dos veces en que fué cojido; segundo, porque después del volteo que sufrió ya no quiso retirarse, no era prudente repetir la suerte en el mismo sitio, y debió mandar correr el toro a otro tercio de la plaza; y el tercero y el más principal, porque sin acordarse del terreno que pisaba arrancó a herir contra querencia, que a su espalda había un caballo muerto, ante el cual había hecho parada el toro. A Manolo, que no entró además a herir al toro rápido,



sino con relativa calma, le sucedió lo que al «Ecijano» en Madrid el 8 de agosto de 1886 por igual causa, siendo herido en un muslo, y lo que a *Lagartijo* el mismo día en San Sebastián, que fué cojido, volteado, y corneado, por matar contra querencia toros de algún sentido».

Almanaque del *Tío Jindama*, para 1902.

¿Están bastante claras las causas de la muerte del que aún sigue llamando la afición el pobrecito Manuel?

¡Si al menos su caso sirviera de experiencia!

No ha faltado quien ha dicho que si Guerra hubiese toreado aquella tarde, la desgracia se hubiera evitado.

Tal vez.

Pero de ningún modo se le puede exigir responsabilidad a Antonio

Fuentes, que en esa corrida precisamente tanto supo demostrar lo que valía.

Como ha dicho muy bien un biógrafo de Antonio.

«¿Pudo Antonio evitar la catástrofe aquella tarde?»

¿Vió el peligro a que se exponía el *Espartero*, entrando a matar al toro *Perdigón* en la forma y el terreno que lo hizo?

Suponiendo que alguien conteste afirmativamente a la segunda pregunta, respecto á la primera creemos, dada la escasa autoridad que en aquella época disfrutaba Fuentes como matador, y ocupando el tercer lugar en la corrida de referencia, que si hubiera intentado llevarse el toro en el crítico instante de disponerse *Maoliyo* para arrancar a herir, lo más probable fuera le recriminara su atrevimiento, que quizás achacárase por algunos el afán de tirar ventajas o restar aplausos al *niño mimado* de la afición.

Cuando la muerte del primer «Pepete» el Antonio Fuentes, de aquella corrida era Cayetano Sanz, y también el público se empeñó en que de hallarse en la plaza «Cuchares», la desgracia se hubiera evitado.

—No crea usted nada—decía el torero de San Bernardo, a un amigo.—Allí se lo hizo todo el toro y nadie hacía falta.

En la del «Espartero» ¿quién sabe si «Guerrita» habría podido impedir la cojida?

## V

En la mañana del 27 de mayo, «Espartero» estuvo como de costumbre con algunos amigos en la cervecería Inglesa, y dió muestras de la preocupación que le había acompañado durante todo el viaje desde Sevilla, que unos atribuyen a cuestión de amores y otros a la poca fortuna que en las últimas corridas había tenido.

Aquella tarde—la última de su existencia—Manuel torció el gesto al encontrarse un entierro que marchaba por la calle de Alcalá en la misma dirección que la jardinera que a él y a su cuadrilla les conducía al circo de la carretera de Aragón.

¡Acaso presintiera su próximo fin! ¡Tal vez el corazón le anunciase la desgracia!

Seguramente, pues dirigiéndose a su banderillero Rógel, le dijo:

— «¿Has visto? ¡Mala pata!»

Dos horas después expiraba *Maoliyo*.

Manuel García tenía un burro, llamado *Pardillo*, con el que recorrió las provincias de Sevilla, Huelva, Córdoba y Cádiz, cuando empezó sus aficiones, y este burro fué jubilado por su dueño, quien lo trató con gran regalo hasta el día de su trágico fin. La primera visita, después de ver a sus padres, cuando volvía a Sevilla, en su época de celebridad, era para *Pardillo*, al que daba Manuel unos golpecitos en el lomo como recuerdo cariñoso de su complicidad en las primeras aventuras.

\* \* \*

En cierta ocasión hallábase *Maoliyo*, en un círculo de aficionados y al comentar el valor de unos toreros y la prudencia de otros, dijo el *Espartero*:

—Yo no puedo ver a esos que ganando mucho dinero tienen miedo ante los toros. Un albañil está siempre tan expuesto a morir como yo, y no cobra más que dos pesetas, mientras a mí me pagan algunos miles por corrida.

Otras veces, cuando los amigos le aconsejaban que se defendiese más de los toros, no pisándoles su terreno como hacía generalmente, *Manolo* contestaba:

—Los toros pegan, pero no matan; cuanto más se acerque uno, mejor.

\* \* \*

En su vida como a su muerte, la musa popular *esgrimió* su inspiración en loor del héroe, y durante años enteros ciegos y con vista aplicaron a los tangos en boga estos y otros cantares:

En una espartería  
llora un choquillo;  
quién había de decir  
que sería otro *Pepe-Ilo*».

—  
«El 27 de Mayo  
día triste amaneció,  
en la plaza de Madrid  
el *Espartero* murió».

«De verde y oro vestía  
el célebre matador,  
que en Madrid perdió la vida  
por su arrojo y su valor».

—  
«Era un bicho criminal  
de la casa de Miura,  
que al rey de la tauromaquia  
le mandó a la sepultura».

—  
«El *Espartero* valiente  
con el toro se estrechó,  
por su vergüenza torera  
el toro lo empitonó».

—  
«Cuatro caballos llevaba,  
todos llevaban plumero;  
los sevillanos lloraban  
la muerte del *Espartero*».

—  
«Sevilla viste de luto  
por unos cuantos toreros,  
que se llamaron *Pepete*,  
*Lesaca* y el *Espartero*».

\*  
\* \*

Sobre el *debut* en Sevilla y apodo de Manuel García, refiere *Don Hermógenes*: «que noches antes de la fecha designada para la función benéfica, Joaquín García, modesto industrial en labores de esparto establecido en Sevilla, presentóse al antiguo, inteligente y prestigioso aficionado D. Carlos García Lecomte, en solicitud de que este señor influyera con los organizadores de la novillada para que su hijo Manuel pudiese figurar como matador en los carteles y hacer su *debut* en la tierra donde había nacido.

Con las reservas y vacilaciones propias del caso, procuró el señor García Lecomte, eludir el compromiso; pero tanto insistió en su demanda el espartero, tanto suplicó, de tal manera supo interesar el ánimo de su interlocutor inclinándole a favorecerle, que D. Carlos,



previa la presentación del muchacho y después de un ligero *examen de conciencia*... taurina, avínose a recomendarle; y con tanta eficacia lo hizo. que sin dificultad viéronse convertidas las aspiraciones que de momento sintiera el novel espada sevillano.

Quien logrado ya su deseo, fuese, acompañado por el señor García Lecomte, al establecimiento tipográfico de Salvador Acuña, donde habían de imprimirse los carteles, á fin de que en ellos se incluyera el nombre de Manuel García.

—¿Qué apodo tienes?...—preguntó el impresor.

—Ninguno.

—Pues oye, conviene que adoptes alguno...

—¿Qué oficio es el tuyo?—interrumpió a su vez el Sr. García Lecomte.

—Trabajo el esparto... Soy espartero como mi padre...

—Pues entonces—repuso Acuña—te pondremos el *Espartero*...

Y así quedó confirmado nuestro héroe».

\* \* \*

Los inteligentes profetizaron que tendría muchas cogidas, y así fué. Pero cuando le hablaban de ellas, Manuel García acostumbraba a responder con su fisología característica esta frase que se hizo popular: «¡Más *cornás* dá el hambre!»

\* \* \*

Toreando en la cuadrilla del *Espartero*, se ha dado el caso único de que un puntillero reciba una ovación.

El ovacionado fué el *Sargento*, y el hecho ocurrió en Lorca.

Un toro traía aperreado a Manuel y después de haber recibido buen número de pinchazos y estocadas, todavía no quería doblar el indino, ni se dejaba descabellar, porque se tapaba, ni pinchar más porque desarmaba.

El *Sargento*, con toda la cuadrilla iba detrás del medio difunto, cuando he aquí que en una arrancada se le doblaron las manos a la res. El puntillero, sin perder un segundo y aprovechando la oportunidad, desde la cola donde se hallaba disparó el cachete a la ballestilla, con tan buen acierto que el toro rodó, respiró el matador, y

el público que estaba apenado con la desgracia de Manuel, tributó una ovación al *Sargento*.

Sabido es que los franceses son los únicos que «nos alegran la vida» a los españoles, cuando hablan de cosas nuestras. En la catástrofe del 27 de mayo, no nos podía faltar esa alegría venida de más allá de los Pirineos, y efectivamente, en la edición de París de *New-York Herald*, pudo leerse este interesante relato referente a la muerte pobre Manuel:

«El primer buey hirió mortalmente al célebre lidiador don Manuel Espartero, sobrino de un general del mismo apellido.

«Muchas señoras que iban a desmayarse, se contuvieron tomando el vino llamado *manzanilla*, que es el indicado para estos casos.

«Los entusiastas del Espartero, acuden a su casa para recoger reliquias del matador, porque con ellas se obtiene la felicidad, siendo sagrado el cuerpo herido por cuerno de buey bravo.

«La cabeza del buey que hirió al Espartero, será conservada en el Museo histórico.

«El cadáver del diestro no recibirá sepultura, siendo en cambio paseado por toda España...»

Desde entonces en vez de la *manzanilla*, las señoras aguardan la *lectura* de los detalles de un incidente taurino, en los periódicos franceses, para curarse de congojas y reventar de risa.

FIN.

UNO AL SESGO.

Dibujos de *Lizana*.